
MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: TEOLOGÍA BÍBLICA

30 LECCIONES

Ponente: Robert D. McCurley M.Div.



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Reverendo Robert McCurley es el ministro del Evangelio en la Iglesia Presbiteriana de Greenville en Greenville, SC, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada). www.freechurchcontinuing.org

Módulo

TEOLOGÍA BÍBLICA

30 LECCIONES

ROBERT D. McCURLEY M.DIV.

21 CAPÍTULOS ANTIGUO TESTAMENTO · 9 CAPÍTULOS NUEVO TESTAMENTO

Lecturas del Antiguo Testamento:

1. Introducción
2. La Creación
3. La Caída
4. Noé
5. Abraham
6. Los Patriarcas I
7. Los Patriarcas II
8. El Éxodo
9. El Sinaí
10. El Tabernáculo
11. Los Sacrificios
12. El Sacerdocio
13. La Herencia
14. David
15. Los Salmos
16. Salomón
17. El Templo
18. El Reino
19. Los Profetas
20. El Exilio
21. La Restauración

Lecturas del Nuevo Testamento:

22. La Encarnación
23. La Expiación
- 24. La Resurrección**
25. El Pentecostés
26. La Iglesia
27. La Unión
28. La Solicitud
29. La Misión
30. La Gloria

Lección 24

LA RESURRECCIÓN

Tema de la Lectura:

Dios revela Su gloria a los hombres y ángeles a través de la resurrección triunfante de Cristo, mediante la cual asegura la redención prometida de Su pueblo.

Texto:

“Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (1^{ra} Co. 15:17–18).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 24

La Biblia está llena de lo que podríamos llamar grandes reveses. Una y otra vez a lo largo de la historia redentora, el pueblo de Dios parece estar al borde del desastre cuando de repente e inesperadamente el Señor da la vuelta a todo y trae una gran victoria. Piensa en Israel de espaldas al Mar Rojo y al ejército más feroz del mundo, Egipto, presionándolos. Todo se ve perdido. Entonces, el Señor separa el mar Rojo, lleva a su pueblo a través de tierra seca y ahoga a los ejércitos de Faraón en el mar. ¡Qué liberación y qué inesperada! O, piensa en el relato de Ester hacia el final de la era del Antiguo Testamento. Te encuentras sentado en el borde de tu asiento mientras Hamán planea la destrucción de los judíos, y una vez más, aparentemente en una fracción de segundo, Dios da la vuelta a todo y salva a Su pueblo. El Antiguo Testamento está lleno de este tipo de ejemplos. Entonces, estamos acostumbrados al patrón de Dios.

Ahora, imagina a los discípulos de Cristo. Deben haber sentido una derrota abrumadora en la cruz. Su mundo entero se vino abajo al morir su Señor, pero como veremos en esta lección, la cruz no fue el final de la historia. Cristo triunfó sobre la muerte en Su resurrección y aseguró la victoria más magnífica de la historia. ¿Fue anticipada la resurrección de Cristo en el Antiguo Testamento? ¿Fue la naturaleza del cuerpo de Cristo después de la resurrección la misma que antes? ¿Seguía siendo un verdadero cuerpo? ¿Cómo sirvió la resurrección de Cristo como una vindicación pública de sí mismo? ¿Cuál es la relación entre la resurrección de Cristo y la salvación de las almas del pueblo de Dios? ¿Cómo se relaciona con la futura resurrección de los cuerpos de los creyentes? En esta lección, consideraremos el próximo gran evento en la historia bíblica: la resurrección de Cristo. Exploraremos el lugar de Su resurrección dentro del plan de redención de Dios y las implicaciones para la salvación del pueblo de Dios.

Entonces, en primer lugar, concentrémonos en la propia resurrección de Cristo. El Antiguo Testamento proporciona varias referencias a la resurrección de Cristo. Por ejemplo, cantamos al respecto en el Salmo 16:10: “Porque no dejarás mi alma en el Seol”, o, la tumba, “ni permitirás que tu santo vea corrupción”. En Hechos 2:27–31, Pedro cita este texto del Salmo 16 en un sermón, diciendo que hablaba de la resurrección de Cristo,

prediciendo que Dios levantaría a Cristo para sentarse en el trono de David. Pablo se refiere al mismo pasaje, junto con Isaías 55:3 y el Salmo 2:7, en un sermón en Antioquía. Puedes leer eso en Hechos 13:30–37, pero hay otros. Piensa en Jesús mismo, quien cita la experiencia de Jonás como un tipo de resurrección de Cristo en el Antiguo Testamento.

En Mateo 12:38–40 leemos: “Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal. El respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”. Después de la muerte y sepultura de Cristo, se levantó de la tumba al tercer día. El cuerpo de resurrección de Jesús era un verdadero cuerpo físico, no solo la apariencia fantasmal de un cuerpo. Comió con sus discípulos, les mostró Sus manos perforadas por los clavos e invitó a Tomás a tocar y palpar Su cuerpo. Era Su verdadero cuerpo, el que tenía antes de Su muerte, aunque ahora había sido renovado; y sería glorificado aún más en Su ascensión al cielo.

La resurrección de Cristo fue el mayor milagro de todos, y la declaración definitiva y pública de Su vindicación. Déjame dar algunos ejemplos de lo que la resurrección demostró. En primer lugar, demostró que Cristo es el Mesías de Dios. En Hechos 2:36 leemos: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”. También demuestra que Él es el Hijo de Dios tal como lo había proclamado. En Romanos 1:4, Pablo dice: “Que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”. En tercer lugar, demostró que Su sacrificio fue aceptado por Dios para la redención de Su pueblo. En Romanos 4:25, dice: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Finalmente, aprendemos que el Señor Jesucristo reina como Soberano sobre todos. En Apocalipsis 1:18, tenemos esta visión del Señor Jesucristo para el apóstol Juan, y Jesús dice: “Y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades”.

A pesar de los frecuentes ataques de los incrédulos contra la resurrección de Cristo, la verdad de Su resurrección es muy clara. Fíjate en solo un puñado de cosas. En primer lugar, tenemos la tumba vacía. La tumba vacía fue descubierta por múltiples fuentes independientes. Los primeros testigos fueron mujeres, y luego sus discípulos. Notarás que, en el primer siglo, y especialmente entre los judíos, las mujeres tenían un estatus social bajo, de hecho, un estatus que les prohibía actuar como testigos legales en los tribunales. Es el caso, obviamente, de que los discípulos no habrían inventado una historia que tuviera a mujeres como primeros testigos si no fuera verdad. Entonces, los testigos incluyen a mujeres, a Sus seguidores y a Sus discípulos, pero también incluyeron a los enemigos judíos de Jesús. Se nos dice que sobornaron a los soldados para que mintieran y dijeran que Sus discípulos habían robado el cuerpo de Cristo. Leemos sobre eso en Mateo 28:11–15.

En segundo lugar, hubo muchos testigos presenciales del cuerpo físico resucitado de Cristo. Entonces, en 1^{ra} Corintios 15:6, Pablo nos habla de más de 500 personas que vieron a Cristo después de la resurrección y que aún vivían, la mayoría de ellas, en el momento en que Pablo lo estaba escribiendo, y que, por lo tanto, podían ser entrevistadas y cuyo testimonio colectivo no se podía discutir. Otro testigo presencial fue el mismo Pablo, un archienemigo de la iglesia, que se convirtió a través de su experiencia de ver a Cristo resucitado y ascendido en el camino hacia Damasco.

En tercer lugar, los discípulos, como judíos, creían en la futura resurrección del cuerpo al final de los tiempos, pero no habrían tenido el concepto de un Mesías derrotado, y mucho menos una resurrección antes del día final. Desde luego, esto es así a pesar de la enseñanza de Jesús. Él los había instruido en estas verdades, aunque tardaron en verlo y creerlo hasta después de que sucediera. Pero, su experiencia de la resurrección de Cristo se convirtió en la fuerza dominante del ministerio y la predicación de la iglesia. Como se ve en el sermón de Pedro en Hechos 2 y en todo el resto del Nuevo Testamento, la resurrección de Cristo fue fundamental para el evangelio y la ortodoxia bíblica. De hecho, la doctrina de la resurrección es tan indispensable para la salvación que nadie puede ser un verdadero cristiano o ir al cielo a menos que afirme esta verdad. Leemos en Romanos 10:9: “Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Y así, la influencia de la resurrección del Señor Jesucristo sobre los discípulos los transformó. Salieron con gran audacia proclamando a la persona y la obra de Jesucristo, y se fortalecieron, y fueron impulsados y motivados por su experiencia de verlo después de la resurrección.

A lo largo de este primer punto, hemos estado considerando el acto de Dios de resucitar a Cristo de entre los muertos. Este fue un verdadero evento histórico en la historia de la redención que estamos estudiando en este curso. Pablo dice: “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (1^{ra} Corintios 15:17–18). Para entender la teología de la resurrección, debemos considerar las implicaciones que tiene en cuanto a la salvación del pueblo de Dios. ¿Cómo se relaciona la resurrección de Cristo con el plan de Dios para salvar a Su pueblo? Consideraremos eso bajo dos puntos. Entonces, en primer lugar, estábamos viendo la resurrección de Cristo. En segundo lugar, la resurrección pasada de los creyentes, o la resurrección espiritual pasada de los creyentes. El Nuevo Testamento habla de que el creyente ya fue resucitado con Cristo en un sentido y todavía no lo ha hecho con Cristo en otro sentido. En primer lugar, consideraremos cómo el cristiano ya ha sido resucitado con Cristo, su pasada resurrección espiritual. Los cristianos experimentan el poder de la resurrección de Cristo y la salvación de sus almas.

Ahora, para entender esto, primero debemos reconocer que el Nuevo Testamento enseña una conexión entre la resurrección de Cristo y la resurrección de los creyentes. Esa conexión es a través de la unión de los creyentes con Cristo. Veremos con mayor detalle la unión con Cristo en la lección 27. Debido a que el creyente está unido a Cristo, todo lo que Cristo ha logrado, lo ha logrado para ellos y se convierte en algo que les pertenece, en Él. El poder de Su resurrección está obrando en su salvación. Ahora, ¿por qué sería esto necesario? La respuesta es porque los hombres por naturaleza están espiritualmente muertos. En una lección anterior aprendimos sobre la depravación total, la incapacidad del hombre. Es a través del poder de la resurrección de Cristo que los creyentes son llevados a novedad de la vida. Entonces, leemos en Efesios 2:5–6: “Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”.

Vemos esto reforzado nuevamente en Colosenses 2:12–13: “Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida”, o los ha hecho vivir, “juntamente con él, perdonándoos todos los pecados”. Entonces, ves que el poder de la resurrección de Cristo se ejerce en el alma y la salvación del creyente. La resurrección de Cristo también aseguró nuestra justificación como vimos anteriormente en Romanos 4:25: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Además, la guerra en curso de los creyentes contra el pecado en la vida cristiana depende del obrar del poder de la resurrección de Cristo al permitirles mortificar el pecado. El creyente puede, con razón, considerarse muerto al pecado y fuera del dominio del pecado y, por lo tanto, no está obligado a servir al pecado. Si lees Romanos 6:4–10, verás esto explicado.

Por lo tanto, toda la orientación de la mente y los afectos del cristiano debe centrarse en Cristo en el cielo. Perseguimos Su interés en la gloria como aquellos que son resucitados con Él. Pablo dice en Colosenses 3:1: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”. Y así, debido a la unión del creyente con el Señor Jesucristo, la resurrección de Cristo incluye al creyente. Ellos son resucitados con Él, y ese poder de la resurrección se ejerce para salvarlos y santificarlos. Por lo tanto, esto se refiere a la resurrección espiritual pasada del creyente, el pecador tomado de la muerte en pecado y traído a la vida, resucitado, por así decirlo, a la novedad de la vida en el Señor Jesucristo.

En tercer lugar, tenemos la futura resurrección corporal de los creyentes, la resurrección del cuerpo en el día final revivió la gloria. Leemos en 2^{da} Corintios 4:14: “Sabido que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros”. El evangelio imparte la esperanza de la resurrección futura del cuerpo del creyente, por lo que, si vas a 1^{ra} Corintios 15, ese es el capítulo más completo o de mayor longitud en el Nuevo Testamento dedicado a esta doctrina; allí encontrarás mucha ayuda. Pero, incluso a principios del periodo del Antiguo Testamento, encontramos referencias a la resurrección. De esta manera, por ejemplo, vemos a Job declarando su confianza en la resurrección de su cuerpo. Qué hermoso pasaje al final de Job 19:25–27, donde Job, en medio de todos sus sufrimientos, habla de cómo estará sobre la tierra en el día final y con sus propios ojos verá su Redentor y así sucesivamente.

Esta futura resurrección corporal del creyente también está vinculada a nuestra unión con Cristo. Vemos esto tanto en el concepto de Cristo como la primicia, y como el primogénito de entre los muertos. Pablo dice que Cristo se ha adelantado a Su pueblo, asegurando su resurrección a través de los suyos. Así como Él fue resucitado,

también aquellos que se unieron a Él por fe también serán resucitados y sentados con Él en los lugares celestiales: 1^{ra} Corintios 15:20–23: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”. Entonces, las primicias son como un pago inicial. Garantizan que todo lo demás seguirá.

Debido a que el Señor Jesús ha sido resucitado, así también, Su pueblo en unión con Él tendrán sus cuerpos resucitados. Él es la primicia. Del mismo modo, Pablo dice en Colosenses 1:18: “Y él”, que es Cristo, “es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia”. Cristo es la cabeza. La iglesia es el cuerpo. Donde está la cabeza, el cuerpo también debe estar. Y así, si la cabeza ha sido resucitada y sentada en el cielo, donde el cuerpo debe seguir. Él es el primogénito de todos aquellos que experimentarán esta resurrección con él. Y así, la unión con Cristo también resulta en la resurrección corporal del cristiano en la segunda venida de Cristo en el último día.

Todos los hombres serán resucitados de entre los muertos. Los creyentes serán resucitados para gloria, y los cuerpos de los incrédulos también serán resucitados, pero para condenación. Aquí vemos cómo la pregunta 38 del Catecismo Menor de Westminster describe lo que le espera a la experiencia de los creyentes. Dice: “Los creyentes, levantándose en gloria en la resurrección, serán públicamente reconocidos y absueltos en el día del juicio, y entrarán en una perfecta bienaventuranza en el pleno goce de Dios por toda la eternidad”. Cuando Cristo vino a salvar a su pueblo, vino para salvar a cada uno de ellos: a toda su persona, tanto sus almas, como sus cuerpos. Si no hubiera una resurrección corporal, entonces la salvación estaría incompleta. Estos mismos cuerpos, estas manos y ojos, los cuerpos que Dios nos ha dado, que ahora presentamos como sacrificios vivos a Cristo, como vemos en Romanos 12:1, y los miembros, las partes de nuestro cuerpo que ahora empleamos como miembros de justicia, como vemos en Romanos 6:13, en el día final serán resucitados y glorificados para servir y adorar al Señor por toda la eternidad.

Esta esperanza segura marca toda la diferencia en nuestra vida en este mundo. Transforma nuestra perspectiva sobre el riesgo y el sacrificio que supone el servicio de Cristo. Recuerda a Jesús diciendo: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. El cristiano reconoce que lo peor que le pueden hacer es destruir su cuerpo. ¿Y qué es eso, si el cristiano confía en que ese mismo cuerpo que está en la tumba, quizás incluso desmembrado o torturado de alguna manera, será resucitado del polvo y de las cenizas y glorificado ante el Señor? Esto afecta incluso a los que son llamados al sacrificio final del martirio. Hebreos 11:35 habla de aquellos que “fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección”. Los mártires pudieron ver la amenaza de condena y muerte con confianza y esperanza, sabiendo que los cuerpos que sacrificaron por el testimonio de Cristo no se irían para siempre, sino que serían resucitados por Él. Pero, también alimenta nuestra devoción diaria y servicio a Cristo.

Pablo termina el capítulo más largo sobre la resurrección con las palabras en el último versículo, versículo 58, que dicen: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1^{ra} Corintios 15). Observa ese lenguaje, “firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre”, no a veces sino siempre, El creyente está llamado a gastar y a desgastarse, a dar todo lo que tiene, toda la fuerza y la energía, su tiempo, sus recursos, sus dones, sus favores, etc., y usarlos, emplearlos, en el servicio del Señor Jesucristo, mirando hacia la meta. Nuestra visión del futuro afecta nuestra visión del presente. En efecto, la transforma. Nuestra confiada esperanza en la resurrección lo cambia todo con respecto a la vida cristiana. La resurrección de Cristo fue un evento que transformó la historia y transformó el mundo. Su importancia se ve en el cambio que hizo Dios del Sábado del último día de la semana al primer día de la semana, el día en que Cristo resucitó de entre los muertos. Recordamos y celebramos la resurrección de Cristo cada semana en el sábado cristiano. El sábado sirve como un memorial semanal de este estupendo evento de la resurrección de Cristo.

Bueno, para concluir, hemos explorado el lugar central de la resurrección en la redención y en la historia del plan de Dios para salvar a Su pueblo. Cristo ha resucitado de entre los muertos, pero en la secuencia de nuestros estudios, aún no ha ascendido al cielo para ser glorificado. En este punto, todavía no hemos considerado su ascensión. En la próxima lección, consideraremos uno de los grandes resultados de que Cristo haya no solo resucitado sino también ascendido a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, a saber, el don del derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés.